

LA POESIA

a la memoria de José Pedroni.

“La poesía se hace de aire del dolor que nos rodea, del pájaro que vemos pasar, libre, mientras nosotros estamos encadenados”. La poesía se hace del vientre fecundo de las mujeres y del olor a rocío de los campos. Se hace con el dolor del mundo y con la risa abierta de los niños.

La poesía, cuando nosotros nos morimos, sigue cantando...

EL TURCO FRANCISCO

Se le llenó la barba de Verano y mariposa. Se le cubrió la gorra de calor. No se inmutó cuando gritamos burlas a su paso. Siguió tan digno, esgrimiendo sus bigotes amarillos de tabaco y sinsabor. El Turco Francisco vendía baratijas en un cesto de mimbre. Iba doblado y sin bastón. El mismo cestillo que a su muerte quedó colgado de una viga, en hollinado corredor. Donde un gorrión hizo su nido y piaron por comida sus pichones, donde antes reinaban peines, agujas, ballenitas y jabonetas con olor...

RECURRENCIAS

a Victor Sábato.

Mi abuelo semental murió bajo este cielo lento en la tarde vasta de un Octubre. Puso la muerte freno a la codicia de los justos? Andará en un zafarrancho de acordeones y guitarras? Seduciendo muchachas con trenzas volcadas a la espalda? No sé. Pero: ¿quién puede creer que hoy se pudre como un durazno viejo bajo tierra?

EL CAZADOR

Blusa de brin, grisácea y remendada. La escopeta al hombro, el Vasco Amaro se va por los campos y caminos. Estampidos a granel, pato que se espanta, perdiz que suspende el vuelo torpe. Regresará tristón, piezas en bolsa el caño del arma apuntando al suelo. Yo sé que le da pena. Yo sé que no le gusta matar animales de Dios, por estos campos.

Pero hay que alimentar a la familia numerosa.

JORGE ISAIAS



POETA ITINERANTE



Los poemas que integran esta plaqueta están dedicados a la señora Angélica Gorodischer.

NO HAY, NO PUEDE HABER

SIN NOTICIAS

UNA BIOGRAFIA

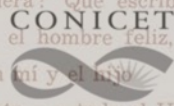
Para que mi cuerpo
ocupara un mínimo lugar
sobre el esplendor verde de esta pampa,
un intersticio vital bajo los soles
húmedos que tiene mi provincia,
debió pasar un tiempo largo.
Millares de inmigrantes cruzar
el fragoroso Atlántico, instalarse
en este Sur lleno de abrojos,
víboras, ombúes y calandrias.
Los míos debieron sembrar
todo este trigo y fecundar a sus mujeres.
Alzar sus casas precarias
y plantarle a su vera muchos árboles
y yo debí admirar el color
primario de tantas madreSelvas
y el espacio abierto con mi asombro.
Atestiguar las faenas fatigosas:
arado, siembra, rastrojo, y la vasta
cosecha en los diciembres.
Para que mi voz sonara humilde y firme,
debí perseguir cuises y pájaros
en la desidia infinita de la siesta,
robar melones, trepar todos los árboles
hurtando la miel de tantas brevas.

Debieron pasar montones de junios neblinosos
para que yo, Jorge Isaias me llamara.

No hay, no puede haber
hastío de tu cuerpo.
No existe el cansancio
en este amor tan viejo,
tan nuevo cada día.
No hay nada más perfecto
que todo el sol del mundo
concentrado en tus axilas
ni nada más saludable
que todo el mar
ardiente y salado de tu sexo.

Sucedan ciegas vastedades
de los días. El hijo crece en vos.
Y cuando tardas en saltar
la luz esplendorosa de la tarde
con el peso de fruta inmadura
de tu vientre, tiemblo.
Nada puede haber más noble
y más perfecto que tus piernas
transportando al hijo que esperamos.

Qué más puedo pedir al mundo
cuando muera? Que escribas en mi tumba:
"aquí está el hombre feliz,
que amó en mí y el hijo
—torpemente— a todo el Universo!"



Tuve un tío viajero que surcó el mar
quinientas veces. Violó mujeres y en su ceño
adusto registró paisajes, siestas, caimanes,
puertos exóticos y sexos femeninos a mansalva.
Me aconsejó ser duro y tierno con las hembras.
Me prometió juguetes que no me trajo nunca.
Hace veinte años que no recibo carta suya. Es como
decir: "El hombre que hay en mí vive del recuerdo".
Estoy en la cocina. Es invierno. Afuera el viento
catapulta las hojas sobre el techo, las arrincona
en las alcantarillas tapadas por los yuyos.
Pienso en mi tío. Pienso en el Kelo Isaias (a quien
también llamaban "Dos de oro", por los ojos grandes,
de caballo). Pienso en ese furor que tuvo por amar
a las mujeres. Por esa apostura de padrillo inquieto
que heredó del viejo Abdul, mi abuelo.
Pienso entonces qué nos deparan los años:
si el Kelo que nunca se detuvo, si viajó y rodeó
al mundo con pasión y sin clemencia, no da señales
de vida en veinte años. Qué será de nosotros
sumergidos en este solo desconcierto para siempre?

EL NEGRO LUNA

Final era su aguja en los trajes
que su paciencia nos cosió. Final era su pasión
de billarista final su fútbol y sus bochas
y el resplandor agrio usado por su humor.